

# ADOLFO CASTAÑÓN

## *Confesión austral*

*Para Guadalupe y José Kozler*

I.

Escucha al Araucano  
cómo toca en sus manos  
fulgor del agua rota en el tiempo  
una brizna desconocida  
no era mosquito ni sedosa araña  
era quizá un reflejo desvaído  
ecotáneo, sofófilo hasta la Mandrágora  
Pero cuando la luz quedó de espaldas a los árboles  
y caía por las bóvedas de la oquedad  
ascendía el túnel del aire  
las oscuridades del barro  
y en la entrañable tibieza del lodazal espejeante  
un ave supo que había  
como un amanecer en sus manos  
“Za-zen; za-zen” –balbuceaba en  
la cripta de la cobra una familia de Sutras  
La ciudad sagrada se abría entre  
los labios del canto  
Pero el escupe-elogios el chillón de los vituperios  
se desnudaba de signos entre  
el tam-tam de los tambores ensangrentados  
y la cobra devoraba los últimos  
rayos del sol que moría  
al filo de la canción aérea y terrestre  
mientras preguntaba el niño “¿ya es hora?”  
Había que vendarse los ojos  
para sentir llegar el fuego hasta el pecho

II.

En 1933, mientras  
Gonzalo Rojas leía por primera  
vez a Pablo Neruda  
la residencia terrestre empezaba  
a infectarse hasta la punta de  
las olas  
En 1933 una mariposa otoñal  
se quemaba en el fuego del pecho  
de los abuelos acongojados  
de tanto perecer  
gota  
a  
gota  
En 33 el turco Plutarco  
no miraba a su nieta la precoz trastabillar  
la oía tartamudear Cruz / cara  
Cara / cora Cora / cruz  
En 33 Cantáridas  
“Ya casi”, le dijo la Señora  
desde la bóveda de su sombra trémula  
(eran las 8 y cinco de la  
noche en un lugar de la Mocha  
de cuyo nombre no quieres  
acordarte) –